

José Emilio Pacheco

Iluminar la sombra

Ignacio Solares

Hay autores con quienes nuestra deuda es tan grande que es difícil expresarla. Autores con los que vivimos y convivimos a través de su obra y que nos acompañan en los momentos plenos o difíciles, que mitigan nuestra soledad o, mejor dicho, la vuelven relativa porque son nuestros compañeros siempre al leerlos y releerlos. Tal es mi caso con la obra de José Emilio Pacheco, uno de nuestros más grandes polígrafos que ha dado la literatura mexicana, a la altura de Alfonso Reyes y Octavio Paz.

Considerado como uno de los escritores indispensables de la segunda mitad del siglo xx e inicios del xxi, su actividad literaria abarcó amplios registros: poesía, cuento, novela, ensayo, periodismo cultural, crítica literaria, guionismo cinematográfico, traducción, investigación histórica, entre otros. En todos ellos destacó y contó con reconocimiento nacional e internacional.

Octavio Paz afirmó que “la poesía de José Emilio Pacheco se inscribe no en el mundo de la naturaleza sino en el de la cultura y, dentro de éste, en su mitad en sombra”. En efecto, tanto en su obra poética como en sus textos narrativos, la mirada de José Emilio Pacheco fue una y la misma: una mirada dual, que al mismo tiempo que se condolió de la catástrofe del mundo a causa del hombre y del tiempo (nada menos uno de sus libros más celebrados se titula *No me preguntes cómo pasa el tiempo*), nos reveló un atisbo de esperanza en la salvación de la humanidad a través de la justicia, el amor y la belleza que se esconden en las cosas simples.

José Emilio inició su carrera literaria desde muy joven. En la excelente semblanza que hizo de él en 1990, Elena Poniatowska lo retrató de cuerpo entero: “Desde los diecinueve años y después de dejar una carrera de leyes que le resultaba horrible porque la veía como una forma de hacer la guerra..., empezó a caminar por las calles del centro y a escribir sobre sus rodillas en todas partes y a todas horas”. A partir de entonces y hasta su

último día, José Emilio Pacheco fue un caso de vocación literaria extraordinaria.

En 1958 empezó a trabajar con Fernando Benítez y se convirtió en secretario de redacción de *México en la cultura* cuando lo publicaba *Novedades* y jefe de redacción de *La cultura en México*, suplemento de la revista *Siempre!*, de 1962 a 1971. En 1960, Jaime García Terrés, entonces director de la *Revista de la Universidad de México*, le pidió a Pacheco que se encargara de la última página de la publicación, donde coincidió con otros talentos de su generación, como Juan García Ponce, Jorge Ibarguengoitia, Juan Vicente Melo y muchos otros. Años después le confesaría a Poniatowska: “Los suplementos de Fernando y la *Revista de la Universidad* fueron mis verdaderas facultades de letras y mis talleres literarios”. En esas páginas, José Emilio practicaba el periodismo cultural, la crítica y el comentario de libros, pero también daba a conocer sus primeros poemas y cuentos.

Curiosamente a principios de los sesentas empecé a leer la sección titulada “Simpatías y diferencias”, la cual aparecía sin firma. Sabía, por el directorio, que José Emilio Pacheco era el secretario de redacción de la *Revista de la Universidad de México*. También sin firma, pero con el mismo brillante estilo literario y la misma erudición, se publicaban las columnas “La tarea literaria”, “Reloj de arena” y “Calendario” en “La Cultura en México”, suplemento de *Siempre!* Un amigo me reveló que el autor de todas ellas era José Emilio Pacheco y pronto deduje que también lo era de otra sección anónima en el “El Heraldo Cultural”: “El minuterero”. Entendí su vocación de anonimato cuando le dijo a Elena Poniatowska: “Importan las cosas, no quienes las hacen. A mí me gustaría que la literatura fuera anónima y colectiva”.

Así, cuando a principios de los setentas, lo invité a colaborar en “Diorama de la Cultura”, el suplemento de *Excelsior*, lo más que conseguí fue que firmara la sección “Inventario” por lo menos con sus iniciales. La



sección siguió publicándose en la revista *Proceso* hasta el pasado domingo 26 de febrero de 2014, su última colaboración, que estuvo dedicada a su amigo Juan Gelman. Sin lugar a dudas, “Inventario” es una de las mejores manifestaciones del periodismo cultural que se hayan realizado en nuestro país a lo largo de su historia.

Su actitud admirable, de tan alta calidad humana, impregnó la obra de José Emilio de una fuerza y una vitalidad muy particulares. Nos dijo: “Me parece un milagro / que alguien que desconozco pueda verse en mi espejo. / Si hay un mérito en esto / corresponde a los versos / no al autor de los versos.” Parece, en efecto, que la literatura misma pasara a través de su autor, que llegara de eso que Jung llamó el inconsciente colectivo directamente al papel. Como diría Alfonso Reyes: “Todos lo sabemos entre todos”. Y más aún, nos dijo José Emilio: “Cada vez que inicias un poema / convocas a los muertos. / Ellos te miran escribir / te ayudan”. Esta noción de la palabra como instrumento, capaz de “iluminar la sombra”, significa también: la palabra es un fin. La poesía ayuda a vivir, es vida en sí misma y José Emilio afirmó una y otra vez en su obra que la poesía contiene lo mejor del hombre y es una garantía contra la muerte, contra el desastre: uno de sus temas más recurrentes.

Desde sus primeros textos, la visión del mundo de Pacheco era la devastación que no termina en la amargura, como podría esperarse, sino en el asombro. Hay que ver la cantidad de personajes infantiles que habitan las novelas y los cuentos de Pacheco. Y el asombro, lo sabemos, es esencialmente una condición infantil. El asombro del niño que aprehende el mundo —su mundo— al mismo tiempo que lo mira derrumbarse, como en este poema de *Los elementos de la noche*:

El día que cumpliste nueve años, levantaste en la playa
un castillo de arena. Sus fosos comunicaban con el mar,

sus patios hospedaron la reverberación del sol, sus almenas eran incrustaciones de coral y reflejos.

Una legión de extraños se congregó para admirar tu obra. Veía sus panzas comidas por el vello, las piernas de las mujeres, mordidas por cruentas noches y deseos. Saciado de escuchar que tu castillo era perfecto, volviste a casa, lleno de vanidad. Han pasado doce años desde entonces, y a menudo regresas a la playa, intentas encontrar restos de aquel castillo.

Acusan al flujo y reflujo de su demolición. Pero no son culpables las mareas: tú sabes que alguien lo abolió a patadas —y que algún día el mar volverá a edificarlo.

Si esa visión de la sociedad humana como un madero es esencial en la obra de Pacheco, no lo es menos su devenir: el hombre es un ser anfibio y la destrucción se realiza sólo en uno de los mundos que habita. Basta con dar vuelta a la esquina, hojear un viejo álbum escolar o entrar en el Metro a determinada hora, para que de golpe el escenario y la representación sean muy distintos a los de todos los días; el mecanismo de nuestro reloj estalla y al mirarnos en el espejo descubrimos que nuestras facciones son, por ejemplo, las de un antiguo compañero de escuela muerto recientemente. Así las cosas, no hay más remedio que entrar en el espejo —como Alicia— e inspeccionar un poco por el otro lado.

Como su admirado Borges, José Emilio era un perfeccionista. Su estilo —lo que podríamos llamar la *malicia* de su estilo— está siempre tan vivo en cada lectura o relectura, y es de tan fresco colorido y natural que, precisamente, sorprende con ojos de asombro al coleccionista que mira a la mariposa salir de su crisálida, por más que haya observado ese hecho insólito infinidad de veces con anterioridad.

En 1981, José Emilio publicó la que se considera su obra más conocida: *Las batallas en el desierto*. Se trata,



© Rogelio Cuellar

sin duda, de uno de los libros más leídos de las últimas décadas, no sólo porque es lectura obligada en las escuelas sino por su extraordinaria factura y su entrañable historia. En su aparente simplicidad —contrariamente a la intrincada complejidad narrativa de su primera novela, *Morirás lejos*—, esta narración logra enmarcar una época fundamental de la historia de México y de su capital, a través de los recuerdos de un niño que vive en la época del alemanismo, durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Al mismo tiempo que el país está despertando, quizá precozmente, a la modernidad, el niño protagonista Carlos también se enfrenta al despertar amoroso, enamorándose sin esperanza de Mariana, la bella madre de su amigo.

Cada vez que la leemos y releemos, parece confirmarse su profecía devastadora sobre nuestra ciudad. Visión inmaterial, puramente literaria, huidiza como el azogue y, sin embargo, esencialmente real, humana y palpable, como un prisma a través del cual el narrador cuenta su historia de amor y frustración y muestra el mundo horroroso —pero tan fascinante— donde todo sucede y él queda atrapado sin remedio.

Bajo su apariencia racional, toda novela domicilia materiales que proceden de los fondos más secretos de la personalidad de su autor. En *Las batallas en el desierto*, el desastre afecta muy especialmente a quienes compartimos con su autor *aquella* colonia Roma, *aquella* escuela, *aquel* cine Balmori, *aquellos* libros, *aquel* imposible primer amor infantil. La relectura de esta novela lleva a sus lectores a preguntarnos: ¿Por qué nos duele tanto el recuerdo? En buena medida, la devastación que nos mostró José Emilio es la devastación muy concreta de nuestro propio mundo, del mundo de cada uno de sus lectores.

Ante el desastre y la destrucción hay que tener los ojos muy abiertos. Ésta —lo reiteró siempre José Emilio— es

una de las más importantes funciones de la literatura: hacernos saber (y sentir) que por más tangible y concreto que parezca el suelo que pisamos, siempre estamos rodeados por otro “mundo” oscuro e invisible, que sin embargo en cualquier momento puede manifestarse. Para quienes la literatura merece considerarse como una conquista verbal de la realidad, no hay mejor posesión de la cosa misma que su lectura. Así, sólo la literatura es capaz de impregnar a ciertas ciudades y recubrirlas con una pátina de mitología y de imágenes más resistentes, mucho más resistentes al paso de los años, que su propia arquitectura y su historia “real”, tal como sucede con *Las batallas en el desierto*: la mejor forma de acceder a la Ciudad de México de esos años. Y ello se debe a la poesía que, desde las primeras líneas logra transmitirnos una realidad atroz pero suspendida y sutil. Ahí, aun la materia en descomposición de “ese desastre” parecería, sin embargo, haberse contaminado de cierta idealidad y estar disolviéndose íntimamente con la misma calidad evasiva que la luz, que la pasión por la luz. Porque, José Emilio lo sabía, a pesar de su visión devastadora, quizás haya aún algo rescatable.

Así nos lo dijo en un poema de *Islas a la deriva*—que es mi predilecto y que no podré dejar de citar cuando escriba de él:

En la madera que se resuelve en chispa y llamarada
luego en silencio y humo que se pierde
miraste deshacerse con sigiloso estruendo tu vida
Y te preguntas si habría dado calor
si conoció alguna de las formas del fuego
si llegó a arder e iluminar con su llama
De otra manera todo habrá sido en vano
Humo y ceniza no serán perdonados
pues no pudieron contra la oscuridad
—tal leña que arde en una estancia desierta
o en una cueva que sólo habitan los muertos. **u**